

ETAPAS Y METAS DE LA ACCION PASTORAL

Por
CASIMIRO SANCHEZ ALISEDA

EN países católicos como el nuestro, en que todo el mundo está bautizado, no existe el problema de atraer a la fe y realizar nuevas conversiones. El fin primario del pastor de almas debe centrarse más bien en que todas las personas que viven en gracia, conforme a la aspiración de Cristo, que expresó con aquellas palabras: *Ego veni ut vitam habeant* (Jo. 10, 10).

Con lo cual está dicho, además, que esta vida divina debe alcanzar no a determinado número de almas solamente, sino a todas. Sería fácil y grato acumular textos, sobre todo de San Pablo, donde se probase el anhelo supremo del Apóstol en este sentido. Y es necesario que el párroco (y dígame lo mismo del capellán o sacerdote encargado del cuidado pastoral de un grupo de fieles) se percate profundamente de esta obligación. Tal persuasión no le hará olvidar, aun cuando más afeitado se halle trabajando entre las atenciones múltiples de una parroquia, que su objetivo principal está en conseguir un *mínimum* de vida de gracia para todos los suyos. Párrocos buenos y celosos se ven que, absorbidos por las personas que frecuentan el templo, a menudo numerosas, descuidan o al menos prestan insignificante tiempo a los alejados, que tan feligreses son como los asi-

bien la mayoría de tales cristianos. Apunto, con todo, que tales parroquias de tipo patriarcal desaparecerán rapidísimamente, transformadas por la estructura nueva que la técnica (ferrocarril, carreteras, mecanización del agro, industrialización, prensa, cine, radio...) está dando a las regiones más apartadas. Y sólo cuando estos cristianos vivan conscientemente su vida divina sabrán apreciarla y defenderla. Y como las condiciones serán otras y la lucha surgirá, no podrán conservarse las posiciones como en tiempos pretéritos, serán necesarias otras armas y otras tácticas. Véase el símil de la vida industrial. Pueblos que hasta hace poco eran autárquicos, y vivían de los productos de la tierra y se vestían del lino que daban sus campos y de la lana de sus ovejas que las mujeres transformaban hilando y tejiendo, hoy han debido abandonar estos sistemas y exportar sus productos sin manufacturar y adquieren los transformados por las fábricas lejanas.

A manera de índice de religiosidad moderna de una parroquia podríamos tomar el número de sus componentes que "de una forma consciente viven la vida de la gracia". Tal consciencia sería también prueba de no pequeño nivel de cultura religiosa y de un apreciable uso de los sacramentos de penitencia y comunión.

He dicho de "religiosidad moderna". No siempre la mayor recepción de sacramentos quiere decir menor número de pecados, y supongo personas sinceras en ambos casos. Pues ocurre que hombres y mujeres buenos cristianos, aunque rudos e ignorantes, se pasan años sin cometer un solo pecado grave; mientras que otros con excelente espíritu caen con frecuencia (los de tipo intelectual, instruidos, con sensibilidad agudizada), si bien tratan cada vez de regenerarse mediante la confesión.

La masa de los cristianos.

A menudo aparece en el Evangelio la turba, la muchedumbre, la masa anónima del pueblo que sigue a Jesús. Son sinceros en su entusiasmo, con ideas un tanto confusas sobre la misión mesiánica del Salvador, perseverantes y sacrificados en seguir a Cristo hasta el desierto, olvidándose incluso de comer; mas, rudos e ignorantes, no comprenden con toda claridad el "reino de los cielos", que el Maestro trata de descubrirles por medio de sus parábolas.

De esta turba algunos individuos se distinguen, o los distingue especialmente Jesús, y se convierten en sus apóstoles y discípulos, entregados de lleno al ideal apostólico. La turba va y viene y el Maestro no les exige más. Les da unos cuantos preceptos sencillos que pueden cumplirse en medio de sus trabajos y profesiones. A los "suyos" les exige Jesús mucho más, una mayor entrega y dedicación, aunque ya el Evangelio distingue entre los "doce" y los otros discípulos eventuales más remotos.

Volvamos a lo nuestro. Todos los feligreses han de preocupar al párroco, aunque de distinta forma. Todos, como preocupaba a Jesús la muchedumbre aquella sobre la que se compadecía, porque andaban descarriados como oveja sin pastor.

(Continúa en la pág. 2.)

REVISANDO IDEAS DE PASTORAL

duos, y, por más necesitados, hasta con títulos preferentes. Ya Cristo advirtió a los fariseos que no tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos (Lc. 5, 31). Y el buen pastor que marcha tras la oveja perdida, mientras momentáneamente abandona las noventa y nueve, es todo un símbolo.

Preocupación de la vida en gracia.

CREO que es una conquista de la moderna pastoral esta preocupación viva y acuciante por la vida de la gracia. Quizás en otras épocas era una realidad pacíficamente adquirida, que se consideraba hasta cosa normal en muchos pueblos, donde los fieles, en masa, cumplían sus deberes de misa dominical y sacramentos pascales. No existían pecados públicos contra la moral ni escándalos de blasfemias, embriagueces, etc. Y me parece que todavía, para gloria de Dios, existen parroquias de este tipo en España, Francia, Italia, Portugal, América y países de honda raigambre católica, no descristianizados, a pesar de los esfuerzos del laicismo. Seguramente que allí, sin hablarse demasiado de la vida de la gracia, viven en ella y gozan de tan gran



Un momento del acto de la firma del nuevo Concordato entre España y la Santa Sede, suscrito por el Ministro de Asuntos Exteriores español, señor Martín Artajo, en representación del Gobierno de España, y monseñor Tardini, Pro-Secretario de Estado para los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios, por parte de la Santa Sede. También asistieron al acto el Embajador español en el Vaticano, señor Castiella, alto personal de la representación diplomática española y otros dignatarios de la Santa Sede.

in cu na ble

EDITORIAL

EL CONCORDATO

LA prensa española lo ha reptido, con no disimulada fruición. La extranjera lo ha reconocido, unas veces con palabras expresas, otras con su silencio calculado, otras con sus reticencias: El Concordato que acaba de firmarse entre la Santa Sede y España es único. Entre los vigentes en el mundo y, acaso, acaso, entre los que nos presenta la Historia. Podrán los técnicos encontrar deficiencias, lógicas en toda obra humana y mucho más en la que, como nuestro Concordato, pese a cuanto haya podido decirse por ahí, se ha realizado de prisa. Habrá cláusulas que duelan a este o aquel sector, omisiones, detalles que se hubiesen querido más claros. Pero la buena voluntad de entrambas partes es evidente. La armonía maravillosa. Por encima de un cicatero pesar las mutuas concesiones ha habido un espíritu amplio, de sólida y abierta comprensión.

El Concordato está ahí. Todos los lectores de INCUNABLE, españoles y extranjeros, se alegrarán de ello. Estamos completamente seguros.

Ahora queda esperar el desarrollo, seguir el hilo de los comentarios técnicos, detenerse en este o aquel aspecto para hacerlo resaltar más y más. En una palabra, vivir la nueva época que el Concordato abre.

Sobre esto, cabalmente, queremos insistir en este editorial. Llamar la atención de todos acerca de la tremenda responsabilidad que el nuevo Concordato pone sobre nuestros hombros. El Concordato está ahí. Ante el hombre indiferente español, ante los extranjeros que nos contemplan, ante nuestros propios fieles, ha quedado consagrada de manera solemnisima nuestra peculiar posición jurídica. Al Clero español le ha declarado libre el Estado del servicio militar, le ha prometido continuar fiel en la prestación económica, le ha ofrecido su ayuda para el ejercicio del ministerio sagrado...; toda esa enumeración de privilegios y concesiones, fundadas, sí, en la naturaleza de las cosas y en el Derecho divino, pero que ciertamente nos constituyen en una situación de privilegio, está ahí planteando una interrogación impresionante: ¿SABREMOS SER DIGNOS?

El Concordato puede ser, en nuestras manos, en las de un Clero trabajador, sacrificado, celoso, entusiasta y sobrenatural, instrumento eficazísimo. Nos puede abrir perspectivas inmensas. Nos puede colocar en una posición desde la que se pueda llevar con facilidad y eficacia el agua de la gracia a los miles de almas que sedientas la esperan. Confiamos en que será así y de corazón se lo pedimos al Señor.

Pero no olvidemos que nuestra pereza y nuestra inconsciencia pueden hacer del Concordato algo funesto. Transformarlo en pretexto para sestear. En vano airón de una vanagloria nacional, que no por patriótica dejará de hacerse antipática. El instrumento de una oligarquía que se concilie la animosidad de todos. En factura que un día se nos pase, cuando ya sea tarde, reclamándonos la contrapartida.

Es muy hermoso pensar en lo que se nos ha concedido. Española el ánimo ver que nos movemos en un ambiente de armonía entre la Iglesia y el Estado. Es dulce para el espíritu verse rodeado de un ambiente de consideración jurídica. Pero todo esto obliga a mucho. La alegría que nosotros, los sacerdotes, hemos sentido al ver firmado el Concordato, puede transformarse en pena hondísima si no sabemos utilizarlo debidamente. Hartos estamos de oír repetir que las buenas leyes son nada con malos ciudadanos. Y añadiríamos que los magníficos Concordatos pueden quedarse en letra muerta con un Clero mediano.

Cojamos el Concordato. Releámoslo pausadamente. Y que nos sirva de meditación. Una tremenda responsabilidad gravita ahora sobre nuestros hombros. Al Señor le pedimos de corazón que sepamos estar a la altura de ella.

INCUNABLE

PERIODICO SACERDOTAL

Núm. 55. - Octubre de 1953

Redacción: San Pablo, 17

Administración: Compañía, 3

Apartado 116 - Salamanca

Precio de suscripción: 40 ptas.

Número suelto: 5 »

